

Evocación de la doncella Cloelia

El episodio de Cloelia es situado por las fuentes en un clima ambiental en extremo favorable. El de la afirmación de Roma como la ciudad cuyo grupo étnico e instituciones tendían a una autonomía y hegemonía política frente a sus vecinos. Exactamente, durante la extinción de su legendaria monarquía y comienzos del régimen político que para muchos romanos tenía que haber sido imperecedero, la República. Aunque las fuentes literarias para este período no se distinguen por su abundancia y, mucho menos, por su falta de arbitrariedad legendaria y panegirista, se acepta que en la última década del siglo VI, en el 509 ó 507, un grupo de la aristocracia romana se levantó contra el último representante de la monarquía, Tarquino el Soberbio, derrocándolo. La importante transición del régimen monárquico al republicano fue embellecida por la tradición con la leyenda aitológica de la injuria inferida a Lucrecia.

Una cosa cierta puede verse a través de su romanticismo y es la ofensiva romana ante el poder etrusco, presente más o menos directamente en los orígenes étnicos del rey depuesto que era hijo de Tarquino Prisco, oriundo de Tarquinia, y bajo cuyo reinado aumentó considerablemente en Roma la influencia etrusca iniciada ya en años de su antecesor Anco Marcio. La expulsión oficial de esta monarquía de filiación etrusca, y a este fin hemos vuelto a exponer ideas tan conocidas, no significó en Roma la aniquilación etrusca en sus variados aspectos. En parte porque dentro de las clases altas no podía existir una total uniformidad de criterio político y del mismo modo que unos grupos apoyaban al patriciado romano, otros se inclinaban hacia los Tarquinos e, indirectamente, hacia los etruscos. Este último grupo actuaba así en función de una diplomacia que, a la

larga, solo perseguía su propio interés¹. Fueron los etruscos quienes, establecidos topográficamente en la margen del Tíber opuesta al Palatino y al Capitolio, intentaron ayudar al Soberbio para reponerlo en el trono, sin éxito. A pesar de lo cual se desprende como auténtico por las fuentes que los etruscos tuvieron en estos años una hegemonía real sobre Roma, cuando posiblemente Junio Bruto ya estaba muerto.

El afortunado fue Porsena, rey de Clusio, que también había sido llamado por Tarquino o sus partidarios en su socorro. Discutible si Roma fue o no ocupada por Porsena², es el caso que dicho personaje impuso condiciones a la ciudad y este sometimiento acabó cuando romanos y aliados reaccionaron venciendo al bloque etrusco en la batalla del Lago Regilo (496) que, aun con tintes legendarios, es significativa. Es en este período transitorio entre el dominio de Porsena y la extinción definitiva de la presencia etrusca, cuando hace su aparición la heroína Cloelia, protagonista de nuestro estudio. En su hazaña no importan tanto los nombres concretos cuanto los hechos. Creemos que las máscaras, posiblemente legendarias, deben descubrir el armazón real de la historia conforme a lo que, en aquellas circunstancias, era una actitud lógica.

Las fuentes literarias que hablan de Cloelia, son éstas:

LATINAS

Virgilio, *En.* VIII, 651.
Livio, II, 13, 5-11
Séneca, *Cons. ad Marc.* 16, 2

GRIEGAS

Dionisio de Halicarnaso, *Antiq. Rom.* V, 35
Plutarco, *Mul. virt.* XIV;
Pub. 18, 3; 19, 1-8

1 El problema ha mantenido siempre el interés de los críticos. La tendencia racionalista defendida por G. De Sanctis considera, incluso, que los Tarquinos no significaron en Roma una dependencia de los etruscos sino que el propio Tarquino el Antiguo había luchado contra ellos y vencido. La ofensiva de los etruscos contra Roma fue en años de Tarquino el Soberbio; éste fue asesinado y aquéllos ocuparon Roma mandados por Porsena o Mastarna. El nombre es lo menos importante, ni tampoco importa mucho la presentación de los elementos. Los etruscos acabaron por declinar ante el empuje de los aliados por un proceso normal de desgaste político común a todos los pueblos. Frente a la sucesión hegemónica e inevitable de cualquier pueblo, la fuerza etrusca habría acabado por extinguirse.

2 Roma se rindió a Porsena según Tácito, *Hist.* III, 72. Sólo fue asediada, en Plinio, *N.H.* 34, 139.

- V. Máximo, *Fact. et dict. me-* Dión Casio, *Hist. Rom.* XLV,
mor. III, 2, 2 31, 1. (Dión, frag. IV, 14).
 Silio Itálico, *Pun.* X, 492-503;
 XIII, 824-30
 Plinio, *N.H.* XXXIV, 13, 28-29
 Juvenal, *Sat.* VIII, 264 s.
 Floro, *Epit.* I, 4, 3-8
 Servio, *In Verg.* VIII, 646
 Orosio, *Adv. Pag.* II, 5, 1-5

Como resumen inicial, Cloelia era una muchachita que había sido entregada por los romanos como rehén a Porsena y, una vez en el campamento enemigo, se fugó atravesando el Tíber. Ya entre los suyos, los jefes decidieron que fuese devuelta a los etruscos pues se atravesaba entonces un período de tranquilas negociaciones y este hecho atrevido podía entorpecer el buen curso de las mismas. Cloelia se encontró, en consecuencia, nuevamente en manos de Porsena pero éste no tomó represalias contra ella sino que, admirado de su valor el cual quedaba resaltado por su poca edad, no sólo le concedió la libertad sino el privilegio de elegir a un cierto número de los restantes rehenes para que la compartiesen con ella. Cloelia eligió a muchachas vírgenes. Su gesta fue immortalizada entre los romanos con la erección de un estatua ecuestre en un emplazamiento muy concurrido de Roma. Esta es la historia, en síntesis.

Ahora bien, es nuestro objetivo una revisión detallada de todos los textos que recogen el hecho así como una posible interpretación que conceda un fondo de práctica social a su arrojada actuación, enfocándola dentro de la estructura de una sociedad, la de la Roma de final del siglo VI, que fue mágicamente apuntalada por los primeros analistas con las figuras de Horacio Cocles, Virginia, Mucio Escévola y semejantes. La investigación ha puesto en claro que bajo los nombres quizá inventados, subyacían hechos, ya políticos, sociales o religiosos con una personalidad propia en aquel tiempo. Tras el comentario de tipo histórico, nos detendremos en la supuesta iconografía de Cloelia. El tema no ha sido tratado hasta el momento de modo global y cree-

mos que vale la pena reavivarlo y dejarlo abierto para el interés de posibles estudiosos, y nuevas hipótesis.

En principio, la mayoría de los autores que narran el episodio no son ajenos a una intención de ensalzar los valores de Roma como unidad frente a su antagonica Etruria. Los nombres de Virgilio, Livio, Valerio Máximo, por ejemplo, y Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Dión Casio entre los escritores de lengua griega, son ciertamente significativos. Enrolados más o menos voluntariamente en la campaña de una política imperial, sus alusiones panegíricas a la Roma pasada y primitiva podían resultar la mejor garantía para la Roma del presente. Y el ejemplo de Cloelia, quizá por su particularidad, innegable poesía y la sugestión favorable que podía ejercer sobre la masa, no fue ciertamente ignorado por los literatos. Prueba de ello es que se transmite desde fines del siglo I a.C. hasta el V, desde Virgilio hasta Orosio, si bien en pocos autores y más bien del signo ya expresado.

La mayor parte de ellos resaltan de modo unánime, cuando hablan de Cloelia, un rasgo esencial de su persona, su virginidad, refiriendo por tanto a la *virgo Cloelia* o a *ai parthénoi*, si son de lengua griega, rehenes de los etruscos de las que Cloelia era una de ellas. Al ser llamada *μίας δ' αὐτῶν ὄνομα Κλοιλίας*, por ejemplo por Plutarco en *Mul. virt.*, le adjudican también la virginidad. Si bien Virgilio, el más antiguo de los testimonios, sólo habla de *et fluvium vinclis innaret Cloelia ruptis*, es decir «Cloelia libre de sus ataduras atravesó el río a nado» y no nombra si era o no virgen, ni tampoco lo hacen Séneca y Plinio, puede decirse que los restantes escritores notan esta cualidad y Livio la resalta de modo casi exagerado, haciendo hincapié en que también eran doncellas las rehenes que ella eligió para su remisión, a la vez que pone un énfasis especial en la promesa del rey etrusco de que si «el rehén escapado se le devolvía, él la remitiría nuevamente a los romanos totalmente intacta».

Palabras que parecen propicias a velar circunstancias sociohistóricas que una crítica puritana calificaría o, mejor dicho, ha calificado de escabrosas, y cuya realidad bien podría ser muy diferente del desmedido respeto que Porsena

demuestra por Cloelia en la versión liviana. Otro detalle de interés y que las fuentes no explican es en virtud de qué tratado estos rehenes llegaron a manos de Porsena. Deduciéndose del conjunto de testimonios que eran rehenes femeninos, sólo Plutarco especifica el número exacto y sexo de los prisioneros, «veinte en total, diez varones y diez hembras», añadiendo en *Publ.* que eran jóvenes de familias aristocráticas y que entre las doncellas se encontraba Valeria, la propia hija del cónsul Publícola, como se sabe una de las almas de la recién nacida república en unión de Bruto y Colatino. Tenemos aquí un intento de identificación entre Cloelia, más grandiosa a nuestros ojos dentro de su valiente anonimato, y la hija de un personaje ilustre cuyo nombre tenía que evocar para los romanos no sólo ecos de un romanticismo histórico sino de antigüedad política y solidez institucional.

Pasemos ahora al punto del ambiente histórico, quizá el más importante. Si Servio y Plutarco coinciden en situar la acción cuando ya Bruto había instaurado un nuevo poder y, por tanto, Tarquino había sido derrocado, es Servio quien ofrece un marco histórico más completo. Sitúa la hazaña de Cloelia casi contemporánea al episodio de Lucrecia, explicando los acontecimientos históricos que entre etruscos y romanos lo habían precedido. Para Servio, Tarquino, todavía vivo y sin reconocer la autoridad de Bruto, se inclinó a una amistad y arreglo con Porsena, *Tarquinius contulit se ad Porsennam, regem Tusciae*, en un afán por buscar ayuda con intención de recuperar su posición. Porsena se apoderó del Gianicolo y aquí plantó sus campamentos comenzando el asedio de Roma.

Por su parte, Plutarco resalta a Porsena como verdadero árbitro de la situación y no da importancia al destronado Tarquino. Habla más bien de sus partidarios en Roma o «los de Tarquino», frente a los que sin duda había otro partido, el republicano independiente. Curiosamente, los seguidores de Tarquino empujaban hacia su propia independencia pues se verá después cómo intentaron interceptar los rehenes cuando el senado los devolvió a Porsena, en tanto que al grupo dirigente de la aristocracia republicana le interesaba mantener el armisticio con los etruscos den-

tro de lo establecido. Puede deducirse que en este período existía en Roma una confusión política muy grande acentuada por las circunstancias de la transición de régimen; esto apoya la tesis de la crítica histórica racionalista, expuesta anteriormente.

Continuando con las fuentes, Livio alude al régimen político de Roma en la generalidad de *patres*, es decir república, y Orosio coloca el episodio de Cloelia en el momento en que Bruto ya estaba muerto y, desvaídos totalmente los Tarquinos, Porsena había establecido una auténtica soberanía sobre Roma que duró unos tres años, es decir en el período de dominación etrusca que siguió en Roma a la expulsión de los reyes. Las palabras de las otras fuentes no son significativas históricamente hablando porque se limitan a recordar la hazaña de *Cloelia virgo* de modo intercalado en el argumento de su exposición, como Juvenal o Dión.

De qué modo Cloelia realizó su fuga del campamento de Porsena es otro aspecto en el que no coinciden absolutamente todos los escritores. Burlando la vigilancia de los centinelas, *custodiam egressa*, se deslizó hacia el Tíber y lo cruzó, en Valerio Máximo. Para Plutarco, ella y sus compañeras se habían acercado al río *con intención de lavarse*. Mayor contraste ofrece Floro para quien Cloelia, sin ser vista por los guardias, *per patrium flumen equitabat*, lo que interpretamos como «cabalgaba a lo largo del río familiar» pues el matiz durativo implícito en el imperfecto *equitabat* lo hace preferible al acto de atravesarlo. Puede aceptarse la hipótesis de que la muchacha estuviese realizando algunos ejercicios de equitación particularmente difíciles a lo largo del Tíber que tradicionalmente eran pruebas reservadas a muchachos varones y demostrativas de valor o habilidad³.

3 Así lo expone J. Gagé, *Matronalia* (Collection Latomus LX, Bruxelles 1963) p. 151, quien da como probable que Cloelia llegase a manos de Porsena cuando ella realizaba unos ejercicios de equitación a lo largo del río en unión de otras muchachas. Más adelante especula que bien podría ser demostrativos del valor y aptitudes de las doncellas en el preciso momento en que habían pasado a ser núbiles y, por tanto, debían ser probadas antes de un posible matrimonio. Algo equiparable a la toma de la toga viril por los muchachos, una ceremonia «servant peut-être de rite de passage consistant en une course à cheval» (p. 271). El autor ve en esto reminiscencias

Fue en este entrenamiento cuando aprovechó para lanzarse a las aguas. Dominar el caballo y enfrentarse simultáneamente con otro elemento como era el agua, llena de movimiento y muchas veces infranqueable, y salir victoriosa de ambas pruebas, tenía que producir el asombro de los espectadores máxime si la jovencita, «todavía no había agotado los doce primeros años de su existencia», a decir de Silio que es el único que especifica su edad. Es posible que fijándose en la natación lance Harris su teoría de que la acción de Cloelia es un ejemplo de que las jovencitas romanas, al igual que las griegas, estaban familiarizadas desde temprana edad con ejercicios de natación, una prueba deportiva sin más que demostraría su valor y aptitudes⁴.

Con toda la pericia posible, esto no justificaría ante nuestros ojos la frase siguiente del texto de Floro que explica cómo el rey mandó que las prisioneras fuesen libres *tot tantisque virtutum territus monstis*. ¿Cómo se comprendería solo por mero afán panegirista la expresión «aterrado por semejantes monstruos de valor» (en un texto, por otra parte, bastante influido por el de Livio) si no ante la presencia de hechos tan desproporcionados como el de Cocles, la propia Cloelia, o todavía más el de Escévola, protagonista de la irrisión de la ordalía? El comportamiento de Cloelia también tenía mucho de sobrecogedor pero, frente al de sus colegas, representa un ejemplo de proporción. Con las noticias de las fuentes restantes sabemos que la muchacha atravesó efectivamente el río que la separaba de los suyos, pero ¿lo hizo a nado, *frangens undam puerilibus ulnis*⁵, como lo quiso la mórbida inspiración de Silio y secundan

sabinas. Los textos no han transmitido información sobre la existencia de actos similares a los de la toma de la toga viril entre las jovencitas. Vid. J. Bayet, *Histoire politique et psychologique de la religion Romaine* (Paris 1957) p. 68.

4 H. A. Harris, *Sport in Greece and Rome* (London 1972) p. 125. La alusión del autor es brevisima y carente de fuentes a excepción de Livio. Prueba de que las mujeres estaban familiarizadas con la natación en las culturas clásicas, es un vaso griego de figuras rojas firmado por Andócides en el 500 a.C., donde están representadas varias mujeres en diversas actitudes relacionadas con dicho deporte. Una en el acto de zambullirse y otra a «crawl». Vid. la ilustración núm. 58 de la *op. cit.* Nos parece que el desarrollo de pruebas deportivas sin mayor finalidad entre ambos pueblos cuando los textos insisten en la situación de asedio, no es factible.

5 A braza, posiblemente por ser un medio más silencioso que los otros estilos.

Livio, Juvenal, Virgilio, Servio, Orosio y Dión, o lo hizo montada a caballo según Valerio Máximo (*equum conscendit*) y Plutarco en *Publicola*?

Este último no se decide por una sola versión ya que en *Mul. virt.* habla de que Cloelia y compañeras «se lanzaron a nadar a la corriente que formaba profundos remolinos y la atravesaron trabajosamente». Por el contrario, se lee en *Publ.* que «algunos dicen que uno de ellas llamada Cloelia atravesó a caballo el trayecto».

Personalmente, nos inclinamos a pensar que fue a nado. Era un medio más valiente, más lleno de riesgos y adecuado a un amor propio más exagerado por el que el sexo femenino podía compatir con las proezas realizadas por varones, ratificando así el *quoque ad publica decora excitatae feminae* de Livio. Mucho más si la travesía se vio dificultada por los *tela hostium*. Eran unas circunstancias históricas en que hombres y mujeres romanos se habían empeñado en rivalizar en valor, *ne quis sexus a laude cessaret*. Dentro de este marco puede entenderse el epíteto de Silio en el v. 830 de su canto XIII *contemptrix Cloelia sexus*. La mayoría de los textos, finalmente, recalcan más la *virtus* de la jovencita en el sentido de valentía y, que, de modo global, podía absorber también el concepto de virginidad inicial. Es decir, el valor, el mérito, la esencia de su gesta que en nada habría desmerecido llevada a cabo por un varón. Y aquí está precisamente el lexema de *virtus*.

Bastante unanimidad hay en que el paso del río fue una acción colectiva, en la que todas las muchachas se lanzaron capitaneadas por Cloelia que «exhortaba y animaba a las otras jovencitas», según dice Plutarco en *Publ.* y también Livio. Aunque el protagonismo se concede solo a ella, la existencia o ausencia de colectividad es quizá más importante que el hecho de cruzar el Tíber a nado o a caballo porque el sentido de gesta colectiva era también importante para la supervaloración de la Roma primitiva considerada como comunidad.

Así pues, tenemos hasta aquí un grupo de muchachitas rehenes de Porsena, doncellas cuando le fueron entregadas en nuestra opinión, que capitaneadas por Cloelia se escaparon hacia los romanos cruzando el Tíber a nado. Estos son

los rasgos generales que nos parece pueden afirmarse con objetividad a través de las distintas explicaciones y pinceladas más o menos románticas de las fuentes. El resto de la historia, es decir qué desenlace tuvo para el futuro de las adolescentes este desafío al poder etrusco, parece no importar demasiado a los escritores que no se alargan en detalles una vez que han alabado el acto heroico de las jovencitas. Sin embargo, es para nosotros más importante y solo con el apoyo de Livio, Plinio y Plutarco en *Publ.* puede intentarse proponer una conclusión lógica; especialmente en base a los dos últimos.

Plinio, cuyo texto se destaca sobre los restantes por su ausencia de intención laudatoria y por una carga de enfoque crítico, parece extrañarse, en un principio, de que Cloelia tuviera una estatua acuestre cuando tal honor no se decretó para Lucrecia ni para Bruto⁶, los auténticos realizadores de la expulsión de los reyes cuyo linaje fue precisamente el causante de la cautividad de Cloelia. Es Plutarco quien explica lo que sucedió a las muchachas una vez que consiguieron alcanzar la orilla romana. El propio Publícola recibió a las prisioneras pero no se alegró de tenerlas allí sanas y salvas sino que se irritó, porque le pareció que en el momento que preparaba el tratado con Porsena, la audacia de las doncellas podía resultar causa de maleficio para los romanos. Así pues, las envió de nuevo junto al rey etrusco pero cuando los partidarios de Tarquino se enteraron de esta decisión tendieron una emboscada en la orilla opuesta del río a la expedición que conducía a las jovencitas; hecho que demuestra la existencia en Roma de un partido pro Tarquinos todavía y que luchaba por sus propios intereses. Es lógico pensar que si Porsena no recuperaba los rehenes y tomaba represalias contra los republicanos romanos, los de Tarquino podían aprovechar en su favor parte de esta confusión. Dicha escaramuza resultó favorable a los romanos gracias a la ayuda de Arrunte, el propio hijo de Porsena, decidido a lograr caballerosamente la buena marcha del pacto o, mejor, a combatir indirectamente a los de Tarquino.

⁶ Parece contradecirse aquí, cuando una estatua del regicida había sido levantada en el Capitolio junto a la de los siete reyes. Plinio, *N.H.*, XXXIII, 9. Dión, XLIII, 45.

Hubo pérdidas para ambos bandos, indiscutiblemente, y aunque Plutarco explica que «Porsena vió a las doncellas revertidas a su presencia», no sabemos si fue la totalidad.

El énfasis puesto en recalcar que Valeria (por simbiosis con Cloelia) consiguió salir indemne de la emboscada gracias a la protección de tres servidores, parece probar que otras no tuvieron la misma suerte. Y Plinio corrobora esto cuando dice de modo lacónico que sólo Valeria se salvó⁷, *ceteris opsidibus qui Porsinae mittebantur interemptis Tarquinii insidiis*. La circunstancia de única superviviente ponía así a Cloelia en el protagonismo aureolado por la diáfana evidencia de una protección total de la divinidad sobre su persona, a la vez que encarnaba en su propia adolescencia poderes benéficos aplicables a la salvación de Roma. De aquí la conmoción de Porsena que se interesó muy especialmente por ella, le dirigió una mirada «favorable y luminosa», en frase de Plutarco, y decretó que se le honrase con la concesión de un caballo de sus propios establos hermosamente engalanado. Además de su propia libertad y de la facultad de rescatar del cautiverio a quienes ella prefiriese. Los textos que hablan de esto, refieren que Cloelia eligió *impubes* (Livio) o bien *virgines* (Servio) porque «eran las muchachas que estaban expuestas a mayor injuria por parte de los enemigos», salvándolas así de un inminente deshonor.

Volviendo a Plinio, ¿por qué este interés de los romances en ensalzar su imagen ante el pueblo con la dedicación de una estatua ecuestre? Ya fuera ésta sufragada por Cocles ya por sus propias compañeras de cautiverio en memoria de su liberadora, según la doble versión que da dicho autor, el senado no sólo la aprobó sino que quedó orgulloso de honrar *novam in femina virtutem novo generis honoris*, a decir de Livio. Es éste quien pone la localización topográfica de la escultura *in summa Sacra Via*. E idéntico emplazamiento indican Séneca, Servio y Dionisio. No exenta de cierta ambigüedad ya que no se dice el lugar exacto, es patente el puesto privilegiado de su

7 Valeria, la hija del cónsul Publícola, según la versión dada por Anio Fetiale y que Plinio contrasta con la del analista Pisón. Prescindiendo del nombre, ya que también el de Publícola puede ser más o menos legendario, sólo la capitana del grupo se salvó.

erección. La vía Sacra, que conducía desde la Velia hasta el Capitolio, no sólo era una de las más solemnes de Roma por muchos aspectos sino una de las más frecuentadas, según Plinio, la escultura se encontraba «frente al santuario de Júpiter *Stator*»⁸.

Aunque Dionisio dice que la estatua ha desaparecido en su tiempo, Séneca habla de que la está viendo con sus propios ojos; señal de que la escultura primitiva se perdió, probablemente en algún incendio, y después fue erigida una reproducción que se conservó hasta el momento en que Servio, tres siglos más tarde, dice: *statua equestris quam in sacra via hodieque conspiciamus*. Las fuentes no describen en ningún momento aspectos iconográficos de la escultura y, fuera de la repercusión popular o entusiasmo que pudo tener en el momento de su *dedicatio* allá por los inicios del siglo V o muy últimos años del VI, dudamos que posteriormente gozase de una difusión en todos los niveles, o al menos a nivel de entendidos, ya que la antigüedad no nos ha dejado copias. A través de los siglos, Cloelia pudo conservar su verdadera significación, su mensaje y su símbolo sólo para un círculo culto o esotérico, siempre restringido, como para los adolescentes aristocráticos a los que Séneca denuncia en su Consolación a Marcia. Pero para el resto de la población, para aquella *densa Roma* que deploraba Estacio en *Silv.* IV, 4, 14, calidoscopio étnico y social, la imagen de Cloelia se habría reducido a un simple vaciado estético en el que la gracia de una adolescente a caballo era facialmente identificable con cualquier divinidad femenina bajo una advocación que armonizase con su plástica.

Quisiéramos ahora, según habíamos anticipado, justificar el mérito que movió a los primitivos romanos a una *dedicatio* y que extrañaba a Plinio. Cloelia y compañeras habían llevado a cabo una acción con un profundo contenido, con una significación concreta para las creencias

⁸ Puede referir al templo homónimo prometido por Rómulo en virtud de un voto cuando se produjo la contienda con los sabinos y que sólo fue edificado posteriormente, en el 294 a.C. por Atilio Régulo. Estaba situado en un punto muy cercano al Palatino, posiblemente al E. del Arco de Tito. Vide S. Platner - Th. Ashby, *A topographical dictionary of ancient Rome* (London 1929) p. 303 ss.

religiosas de una Roma arcaica. Una gesta que, ante la impotencia de los hombres obligados a una línea de conducta por unas determinadas circunstancias históricas, sólo podía contar con una favorable decisión divina de apoyo a las muchachas frente a la sociedad. La huida de Cloelia no fue solamente la proeza de pasar el río a nado, hecho que, aunque maravilloso teniendo en cuenta su sexo y edad, podía ser mitigado al considerarse la posición que ocupaban los campamentos de Porsena. Si éste y sus seguidores estaban atrincherados en el Gianicolo, como hemos visto, es muy lógico que la particular orografía de dicha colina en relación con la estructura de la llamada *Roma quadrata*, permitiera que las adolescentes pasaran el río a la altura de la isla Tiberina y tocaran tierra en el centro del trayecto con el considerable alivio⁹. Cruzar el Tíber con éxito supuso ante los ojos de romanos y etruscos una especie de consagración intangible de estas muchachas en virtud de antiguas prácticas religiosas familiares para todos; en ellas tenía una parte importante el Tíber considerado como fuerza de la divinidad que subyacía en sus aguas.

En principio, y considerando la tendencia de los romanos al raciocinio religioso y que muchas de sus leyendas tienen un valor más sociológico que teológico¹⁰, el tributo de sumisión de estas doncellas a Porsena (que recuerda simbólicamente la discutida pleitesía de Atenas frente a una Creta hipotéticamente hegemónica cuyo Minotauro absorbía el envío de las doncellas) puede interpretarse fuera de todo contexto legendario. Existía una necesidad tributaria pero no en razón de la *libido* que acechaba a las muchachitas rehenes sino del imperativo demográfico. Igual que los romanos no vacilaron en unirse a los sabinos, realidad poetizada en el famoso rapto, los etruscos

⁹ La extensión total del Gianicolo, zona etrusca, es corroborada por el papel importantísimo que desempeñó el Puente Sublicio, el más antiguo de todos, en la defensa de Roma primitiva.

¹⁰ Así lo dice J. Bayet comentando a Dumézil y añade que «si el mito griego es drama, las *indigitamenta* romanas descomponen lógicamente las realizaciones prácticas que los fieles esperan de la divinidad». Y un poco más adelante, «en Roma, cuando el mito aparece en sentido religioso se denuncia como sobreañadido y esto incluso en pleno período augusteo». Vide su obra *Croyances et rites dans la Rome antique* (Paris 1971) pp. 91 s. y 93 respectivamente.

tuvieron que tender a unirse a los romanos de la otra margen del río en un afán de crecimiento y expansión, máxime si el asedio duró tres años en palabras de Orosio. Las pacíficas expediciones que, sin duda, cruzarían ambos pueblos para fijar sus pactos matrimoniales, pudieron ser empañadas por la niebla poética de los raptos, intencionadas por sorpresa y gravosas pleitesías. Alguna vez las habría pero es más normal que Cloelia y sus compañeras se encontrasen en poder de los etruscos por un motivo lógico, máxime que los textos hablan de un *foedus*, lo cual no implicaba la desaparición de una real soberanía etrusca sobre la primera Roma republicana.

Como las instituciones estaban en Roma respaldadas por la intangibilidad de unos valores que siempre fueron puestos al servicio de un programa práctico más o menos glorioso, los sucesos adecuados para ensalzar la *virtus* en cualquiera de sus manifestaciones eran los más serviles para ratificar la gestación de la república. Según San Agustín, Varrón había clasificado las creencias religiosas de los romanos en una triple división teológica¹¹. Si bien desprecia la primera categoría o mítica, no puede negarse que la pervivencia de Cloelia, aunque perteneciente en nuestra opinión al *genus civile*, enraizada en la deformación poética, era un episodio familiarizado con lo poético sabiamente adaptado al *genus civile*.

Precisamente porque el fondo de la hazaña de Cloelia servía perfectamente a las mismas instituciones ciudadanas que decidieron erigir un monumento a una muchacha que nada tenía que ver en sí misma con una divinidad. Frente a la arraigada institución matronal, Cloelia y las suyas demostraban que también las jovencitas núbiles que estaban aún fuera de la dignidad y obligaciones de un *connubium*, eran capaces de dar gloria a las instituciones¹².

11 El género mítico cultivado por los poetas; el físico o natural representado en las especulaciones de los filósofos; el género civil, concretado en la organización del culto y ritual en la ciudad. Vide *De Civit. Dei*, III, 4-12. Sobre este punto véase J. Oroz Reta, 'Introducción a una *theologia* agustinovarroniana vista desde la *Ciudad de Dios*', en *Estudios sobre la «Ciudad de Dios»* (El Escorial 1954) tomo I, 459-73.

12 Creemos que J. Gagé ha demostrado suficientemente esta doble alie-nación femenina y su actuación específica en las principales fiestas y ceremonias culturales. Vide p. 99 ss. de su *op. cit.*

Ellas sintieron la necesidad de huir de su dueño actual porque no se sentían etruscas sino romanas.

Pensamos que en su decisión pudo más el deseo de volver hacia los suyos que cualquier situación de hipotética opresión o crueldad por parte de Porsena. Tuvieron que franquear irremediabilmente el Tíber que les separaba de los romanos. Si tenían éxito en su empeño, sería una prueba definitiva de que habían sido asistidas en su intento por la protección de unos poderes superiores, lo cual no podría dejar indiferentes a los jefes de ambos bandos cuyo sentimiento religioso primitivo estaba mezclado al animismo y naturalismo en una dosis que resulta prácticamente enigmática para la mentalidad contemporánea. Esta, en base a su utilitarismo, ha sobrepasado la gravedad de los conceptos ideales pero tiene la obligación de aproximarse a la comprensión de las agrupaciones étnicas primitivas que vivían sugestionadas por los agentes de la naturaleza a los que prestaban, dentro de su esquema animista, un antropomorfismo para su comprensión¹³.

Estamos, así pues, en presencia de una ordalía con cuyo sentido estaba bien familiarizado el hombre romano, su antecesor el griego y todas las culturas antiguas en general. La ordalía es efectivamente propia de sociedades primitivas ya que «en un cierto grado de desarrollo social y religioso la sociedad está convencida de que, salvando al paciente por un milagro o haciéndole perecer, Dios mismo se pronuncia». Estas palabras de Glotz se ven corroboradas por otras que nos parecen aún más importantes y es que «dans le milieu simple où il est éclos, le droit primitif se confond avec toutes les autres manifestations de la vie sociale: ce sont les récits mythologiques, les cérémonies religieuses, les usages ou même les locutions populaires qui en sont restées les plus fidèles témoins».

La afirmación del estudioso, siempre basada en su conocimiento de las fuentes, de que la ordalía era dentro de aquellas estructuras «l'unique arme des faibles», se apoya en las numerosas ocasiones en que el sujeto se ofrecía

13 Es lo que dice, en síntesis, E. B. Tylor en su libro, tan antiguo como clásico, *Primitive Culture: Researches into the development of mythology, philosophy, religion, art and custom* (London 1871). En la p. 248 ss. da ejemplos de sacrificios a través de los elementos fundamentales en ciertas tribus de Polinesia, América del Sur y Japón.

voluntariamente a una prueba ordálica y, por tanto, ésta no era aplicada por orden de los tribunales sino «par l'effet d'une volonté particulière ou d'un pacte privé»¹⁴. Esto es extremadamente importante para apoyar nuestra hipótesis de que fue Cloelia quien asumió libremente, en su caso, la aventura de atravesar el Tíber como un acto fuera de lo normal encomendado a la sanción favorable de la divinidad de sus aguas. Y éstas se pronunciaron favorablemente.

Servio recalca la voluntad de Porsena de que se premiase a la muchacha victoriosa con *aliquid virile*, una recompensa propia de un hombre. Señal de que los etruscos pensaban que Cloelia no conseguiría pasar el río con éxito y conocían el simbolismo de una prueba afrontada voluntariamente. El éxito de su prueba hablaba a los romanos, por boca de un poder superior, de que su voluntad de fuga, de permanencia entre ellos, debía ser respetada; y evidenciaba a los de Porsena que Cloelia se había convertido ya en un rehén intangible a la vez que rasaltaba la heroicidad del pueblo romano frente al enemigo. Pero la política, o quizá el miedo, se impuso en este caso por encima de todo; superó incluso el umbral religioso y, como se ha dicho, Cloelia fue reexpedida nuevamente a Porsena. Intuimos que algunas de sus acompañantes no volvieron jamás al emplazamiento etrusco porque murieron en la emboscada, pero la protagonista sí regresó.

Es el ejemplo de la superación de la doble ordalía, de una ida y vuelta fluvial promovida la primera por el imperativo de un *póthos* arrojado por todo lo romano, y aceptada la segunda por una necesidad política que sólo confirmó la decisión glorificadora del destino para con aquella adolescente. Hemos visto cómo el efecto ejercido sobre Porsena fue inmediato, quien se mostró más conmovido ante el desenlace que los propios romanos. A pesar del énfasis, ya notado, de los escritores en acentuar todo lo que gira en torno al concepto de virginidad por motivos no difíciles de explicar que se comprenden repasando el concepto religioso, social y mágico de la *virgo*, y las connotaciones poéticas de un término adecuado a los relatos románticos,

14 G. Glotz, *L'Ordalie dans la Grèce primitive* (Paris 1904) pp. 1-6.

hemos concedido en nuestra interpretación del hecho un puesto secundario a la supuesta virginidad de Cloelia. Doncella todavía cuando los romanos la entregaron a los etruscos, es imposible saber si lo era aún cuando decidió su fuga, máxime si consideramos que el aumento de población en aquellas comunidades tempranas era tan normal como socialmente perentorio. Por otra parte, difícilmente podría pensarse de otro modo observando el marcado interés de Cloelia por salvar a los rehenes que eran impúberes por los motivos ya expresados anteriormente.

Es verdad que las aguas del Tíber, las que cruzó Cloelia, están registradas en las fuentes como testigos de ordalías para corroborar la virginidad¹⁵, pero en el episodio que nos ocupaba ha sido nuestra intención anteponer el sentido de la devoción patria a un refrendo de su integridad corporal. No todas las ordalías eran para demostrar ante la sociedad una virginidad puesta en entredicho sino para sancionar la *virtus* específica de cada persona según su estado. Si la matrona Claudia Quinta se apresuró a probar ante todos su fidelidad, discutida¹⁶, Cloelia confió la rectitud de su voluntad incontaminada a la sanción de las aguas que habrían de devolverla a los suyos. Si damos como casi definitiva, dentro de las varias hipótesis, la que hace derivar su nombre de *κλύω* purificar, el solo hecho de su inmersión en el río podía devolverle de modo simbólico su virginidad¹⁷; ésta no era lo más importante en una prisionera sino su integridad mental.

Puede hablarse incluso de una ordalía ideológica. Cloelia, doncella siempre en su mente y en su voluntad, representa a nuestro parecer la réplica ingenua de la leyenda de Lucrecia, prácticamente contemporánea. Lucrecia, inju-

15 Como un ejemplo, la vestal Tucia transportó agua del Tíber en un cedazo. Detalles de este episodio y sus fuentes en J. Carcopino, *Virgile et les origines d'Ostie* (Paris 1919) p. 110.

16 Hizo avanzar por el río, tirando de ella sólo con la ayuda de una cadena, la plataforma flotante que soportaba la imagen de la *Magna Mater* y que se había estancado. Era el año 204. Para más detalles, Gagé, *op. cit.*, p. 149.

17 Parangonando con los griegos, Hera recuperaba cada año su virginidad perdida bañándose en el mar. Admitimos también que las aguas del Tíber, entre sus muchos cometidos, tenían una función catártica porque arrastraban hasta el mar la posible suciedad de los objetos o personas que se introducían en ellas. No olvidemos que Plutarco hablaba de que las muchachas fueron al río a lavarse.



riada irremediamente en su *virtus* específica por la sorpresa y la mentira, es una matrona. El marco de su episodio es más doméstico que político o bélico. Posiblemente, dentro de su *ordo* no tenía ya nada que hacer; habría perdido todo respeto y habría despojado del mismo a su marido, tal como estaba concebida la escala social de entonces. El cántico de su fidelidad espiritual a su marido y al honor de su estamento matronal fue la ofrenda de su propia vida. Quizá, la única.

Cloelia, casi despidiendo a la infancia, protagonista de un episodio bélico y sacrificada con sus compañeras, incapaz materialmente de evitar a Porsena, prefirió arriesgar todo su futuro a una prueba de tipo ordálico confiándose a la protección de *Pater Tiberinus*. Lucrecia es la heroicidad forzosa del suicidio porque no tiene futuro. Cloelia es la valentía esperanzadora de la adolescente que, sin estar todavía enrolada dentro de un *status* femenino, es capaz de admirar y sobrecoger por sí misma. Por esto, los romanos tan poco dados a rendir homenajes a representaciones abstractas, no ensalzaron en su estatua el concepto de virginidad como punto intangible o símbolo espiritual, sino su mérito, su *virtus* política que tan favorablemente les ayudó frente a los etruscos. Y esto lo recalcan todas las fuentes.

Se habrá intuido que debe hacerse una mención al Tíber como fuerza sobrehumana que participó activamente en la gesta de Cloelia. A pesar de las diversas teorías que sostienen o niegan la existencia de un culto al Tíber como divinidad¹⁸, es indudable que la psicología del pueblo primitivo tenía que, si no dar crédito, impresionarse ante la fuerza, el vigor que se desprendían de sus aguas sobre todo en los momentos de fuertes crecidas con terribles consecuencias para la agricultura.

Las aguas del Tíber tenían un poder en sí mismas, un

18 Carcopino identifica al Tíber con Vulcano aunque reconoce que estatuas que representaban propiamente la divinidad de aquél se han encontrado en Orte y Todi. Vide p. 561 de su *op. cit.*; H. J. Rose, A. Momigliano y J. Le Gall han combatido esta identificación; la última concede al río personalidad divina propia e intransferible. Th. Mommsen reconoció la divinidad del Tíber bajo la personalidad de Volturno, hipótesis que no tuvo muchos seguidores.

«mana», y según Le Gall, «c'était un culte sans temples et sans autels, adressé aux eaux elles-mêmes. Elles purifiaient aussi la cité en entraînant à la mer tout ce qui souillait son territoire, en particulier les criminels». El Tíber, por tanto, no necesitaba altar pues éste consistía en las aguas, en su propio elemento. Y más adelante, «à l'origine du culte du Tibre, on ne trouve donc une conception purement dynamiste. Ce que le fidèle adorait, c'était la force contenue dans les eaux du fleuve et qui en était inseparable». Las *favissae* o depósito de exvotos de edad muy antigua encontrados cerca del Puente Fabricio, así como el hallazgo de gran cantidad de ases en bronce de la época republicana, en la zona comprendida entre el Puente Sublicio y el actual Puente Garibaldi, sin olvidar fragmentos de cerámica etrusca, parecen probar de modo serio (dada sobre todo su localización) la existencia de un homenaje o culto al río ya desde la época etrusca ¹⁹.

Las invocaciones hechas a sus aguas por distintos personajes en momentos cruciales de su existencia; las plegarias de los augures e *indigitamenta* de los pontífices por atraer su protección, así como la unanimidad de las fuentes en recordar que muchos de los condenados a muerte eran arrojados al Tíber y en sus aguas cumplían su destino, nos parecen motivos suficientes que han decidido a los especialistas a afirmar la existencia de un poder sobrehumano residente en las aguas que era merecedor de culto ²⁰. Sin olvidar las fiestas en las que el Tíber era protagonista ²¹.

19 J. Le Gall, *Recherches sur le culte du Tibre* (Paris 1963) respectivamente pp. 71-75; 2; 66.

20 Como ejemplo de abandono total en el poder de las aguas, Horacio Cocles dice en el momento de saltar al río: *Tiberine pater, te, sancte, precor haec arma et hunc militem propitio flumine accipies* (Livio II, 10). La invocación, fuera de los términos militares, resulta sin esfuerzo adecuada para la imaginable que pudo musitar Cloelia en el momento de emprender la travesía. Para estos puntos, vide Le Gall, *op. cit.*, p. 61 ss. y 6. 88 ss. Sobre el problema de los sacrificios humanos hechos al Tíber, vid. R. K. Yerkes, *Sacrifice in Greek and Roman Religions and early Judaism* (London 1953) *passim*. Como una muestra, los niños que nacían andróginos eran inmediatamente arrojados a sus aguas. El autor, comentando en bastantes ocasiones la obra de J. E. Harrison, *Prolegomena to the study of Greek Religion* (Cambridge 1922) opina que muchos de estos ritos inmolatorios primitivos pudieron llegar a los romanos ya a través de los etruscos ya de los griegos de la Magna Grecia.

21 El apartado de las fiestas es más complicado. Pues su existencia se

En base a lo dicho, creemos haber apoyado nuestra opinión de que Cloelia se confió al «mana» de las aguas de Tiberino que, desde tiempo de Servio Tulio, había tenido una presencia nada indiferente en el desarrollo de las comunidades que a él confiaban, sobre todo, una subsistencia basada en la fertilidad de las cosechas.

Veamos ahora la armonía que puede tener en este marco el caballo como animal ofrecido en regalo a la muchacha y sobre el que fue representada iconográficamente. La falta de unanimidad de las fuentes en si atravesó o no el río con él no reviste importancia porque hay una relación entre el caballo como animal ctónico y el origen ctónico que tenían los ríos para la mentalidad romana antigua. Si la Roma arcaica tenía ya esta impresión, es posible que haya constancia de ella en algún texto literario antes del de Virgilio que citamos como ejemplo. Concretamente, en *Georg.* IV, v. 350 ss. aparece el pastor Aristeo llorando junto al cauce de su padre el río Peneo. Cirene, su madre, permite entonces que el río se abra y Aristeo sea acogido en sus profundidades, hecho que le da oportunidad de ver el nacimiento de los principales ríos:

*et ingenti motu stupefactus aquarum
omnia sub magna labentia flumina terra
spectabat diversa locis, Phasimque Lycumque
et caput unde altus primum se erumpit Enipeus,
unde pater Tiberinus et unde Aniena fluente
saxosusque sonans Hypanis Mysusque Caicus.*

(v. 365 ss.).

conoce a través del calendario de Furio Dionisio Filócalo, escrito a mitad del siglo IV, y muchos estudiosos se muestran escépticos ante una información tardía, incluso la propia Le Gall. Un interés especial reviste a nuestro parecer la fiesta de las Argeas, antiquísima, celebrada los Idus de mayo. Su verdadera naturaleza era ya oscura para los romanos de la época republicana. La ofrenda al Tíber desde el Puente Sublicio de unos muñecos de paja con forma humana, ante la presencia de la Gran Vestal y seguramente con un fin catártico, ¿podría quizá evocar la remotísima ofrenda de vidas humanas? Fuentes clásicas principales son Plutarco, *Quaest. Rom.* 32, 86 y Dionisio de Halicarnaso, *Antiq. Rom.* I, 38, 2-3. Amplio comentario moderno en W. Fowler, *The Roman Festivals of the period of the Republic* (London-New York 1899). En las pp. 112 a 121 el autor se muestra extraordinariamente cauto y pospone la hipótesis de los sacrificios humanos en favor de ceremonias dedicadas a conseguir el favor del Tíber para la abundancia de las cosechas.

El caballo conocía los caminos de estas aguas subterráneas en su nacimiento fertilizante y por esto era el adecuado para hacer surgir las fuentes con un golpe de su pata, como Pegaso hizo brotar la de Hipocrene en el Helicón. En la Roma primitiva el caballo era muy popular y conocido en su faceta de animal fuerte, rápido, útil y de algún modo enlazado a la divinidad. Carreras de caballos existían en las *Consualia* o fiestas en honor de *Consus*, divinidad antiquísima que tenía su altar subterráneo en el centro del Circo Máximo y cuya benéfica influencia se asociaba a los raptos. En las *Cerialia* había como atracción principal una carrera de caballos dirigida, según parece, a conseguir un influjo mágico sobre la agricultura. Sin olvidar las llamadas «caballo de octubre»²².

También desde tiempos antiquísimos, las creencias habían asociado el caballo al mundo ctonio porque con su galope podía ir de las tinieblas del mundo subterráneo a la luz solar y en este aspecto era el vehículo que comunicaba un mundo con otro, el mundo de los vivos con el del Hades. Podía avanzar y conducir al hombre en su último viaje tras las puertas del misterio quizá inaccesible a la razón, era *psychopompós*. Sin embargo, como es ley que la noche siempre dé paso al día, también el caballo salía del mundo subterráneo para dirigirse a la luz y entonces se transformaba en triunfante, uranio y solar. En este aspecto se compenetra con Cloelia como vehículo, ya simbólico ya real, que la llevó de la oscuridad del cautiverio al triunfo y al resplandor²³. Estas atribuciones, unidas a su majestad que incluso estaba representada en la élite del *ordo equestris*, lo hicieron el animal más adecuado para la suprema glorificación de Cloelia.

A pesar de estas circunstancias, la estatua ecuestre debió de caracterizarse en la antigüedad por su falta de difusión, quizá comprensible al tratarse de la representación de un fenómeno local cuya plástica nunca debió de ser una obra maestra de estética. Hasta el punto que nos parece exacto sostener que el último ejemplar fue el

22 A. Piganiol, *Recherches sur les Jeux Romains* (Strasbourg-Paris 1923) p. 18 ss., habla de los juegos cuyo protagonista es el caballo.

23 J. Chevalier, *Dictionnaire des symboles* (Paris 1969) p. 184 ss.

que vio Servio y desconocemos si originó copias. No hay constancia de ella, o al menos no la hemos encontrado en nuestra cuidadosa búsqueda, en ninguno de los catálogos de la estatuaria clásica griega y romana. Ni tampoco referencia alguna en el *Codex Topographicus Urbis Romae*. Investigadores precedentes trataron de identificarla con la plástica de otras personalidades femeninas que recibieron el homenaje de los romanos.

Así, S. Reinach la había identificado con Epona, opinión que no resulta muy afortunada²⁴. El mismo autor recoge la iconografía de dicha diosa en su *Répertoire de la statuaire grecque et romaine*, Paris 1897, vol. II, p. 267 s. Es una estatua femenina vestida con una túnica larga que le cubre casi totalmente la silueta, a lomos de un jumento. En la otra variante, sedente sobre un buey. Otras veces, va rodeada de animales domésticos como cabras o gallinas o bien acompañada de un amorcillo. Esta imagen reposada, adecuada para asegurar una fertilidad ecológica y vestida con la pesada túnica cuyo severo decoro es anti-tético de la ligereza de atuendo que la lógica atribuye a una Cloelia nadadora, se aleja mucho de una adolescente heroica. Otras variantes, siempre conforme al mismo modelo, pueden verse en el vol. III, p. 82 de la citada obra.

Otros intentos han sido asimilarla a una Venus a caballo, a una Fortuna ecuestre o a una Cloacina, cuyas personalidades tampoco se adaptan a la de la jovencita. Fueron los autores alemanes los que, más perspicazmente, se acercaron a una identificación recogiendo incluso en sus catálogos la escultura que ya en su tiempo y también actualmente muestra en su pedestal el nombre inciso de Cloelia aunque se trate de una combinación artificial. La escultura se encuentra en la Galería Colonna de Roma, según la fotografía que acompaña nuestro estudio. Ya en los *Documenti inediti per servire alla storia dei Musei d'Italia*, IV vols. (Firenze-Roma 1878 a 1880) se lee en el vol. IV, pfl 390 y s.: «una statua di marmo antica restaurata, rappresentante una *Kaoia* (el autor transcribe mal posiblemente por ignorancia del personaje) essendo scritto così nel

²⁴ El autor le dedicó todo un estudio, *Epona, la déesse gauloise des chevaux* (Paris 1895).

zoccolo di marmo che vi è sotto, con bracci, gambe e testa moderna in atto di predicare». A continuación, se dan sus medidas. Se localiza, por tanto, la estatua de la falsa Cloelia en las condiciones explicadas.

Pero esta referencia había sido precedida por la sinopsis ofrecida en el *Archäologischer Anzeiger*, Juli-August-September de 1862, col. 336, donde el comentarista refiere a la estatua femenina situada en la Gran Sala de la Galería Colonna, restaurada y con la inscripción moderna de ΚΑΘΗΛΙΑ (parece que tampoco conocía la historia), como «un ejemplar de mediocre calidad».

El documento que sigue en el tiempo o el repertorio compilado por Matz-Duhn²⁵, cita la estatua de Cloelia en su vol. I, año 1881, p. 253, con el n. 940. La identificación comienza a apuntarse pues los autores, aun catalogando la escultura de «sehr mittelmässiger Arbeit», se definen por una «posible réplica de la amazona de Fidias».

Finalmente, Arndt recoge en su catálogo fotográfico de esculturas antiguas el torso de una amazona, la nombrada Cloelia, y apunta que pudo ser un torso esculpido por Sosicles o bien acogerse al modelo de amazona esculpido por Sosicles²⁶. En este griego que trabaja en la segunda mitad del siglo II del Imperio, es efectivamente patente una inspiración perfeccionista apoyada en Fidias o, mejor, en Crésilas. Esta preferencia por Sosicles parece que es la más adecuada conforme a los presupuestos de estilo y elaboración que muestra el torso; éstos son visibles especialmente en la forma de los pliegues del *chiton* que bajan en armonioso clasicismo pero no están exentos de un comedido aire barroco. No estaba lejano el momento en que Adriano mandó hacer copias de la amazona de Fidias para

25 F. Matz - F. Duhn, *Antike Bildwerke in Rom mit Anschluss der Groeseren Sammlungen*, III vols. (Leipzig 1881-82). Los autores especifican las partes añadidas como son: cabeza y cuello; ambos brazos, el derecho con un trozo de hombro y el izquierdo hasta el bíceps; ambas piernas a partir de las rodillas y la base. En la fotografía que incluimos puede verse con bastante claridad cómo las partes añadidas no guardan proporción con el resto de la escultura.

26 P. Arndt - W. Amelung - G. Lippold, *Photographische Einzelaufnahmen antiker Sculpturen. Serien zur Vorbereitung eines Corpus Statuarum* (München 1893-1940). Vide la serie III, 1897, p. 38, reproducción núm. 1130. Creemos que Reinach recoge la misma pieza de amazona, a la que cataloga como perteneciente a «Colonne à Roma», en su *Repertoire* citado, III, p. 99, fig. 6.

adornar el *euripus* de su villa de Tibur²⁷. La estudiosa M. Weber parece haber demostrado también en su recentísima publicación la elección de la paternidad de Sosicles²⁸.

Una amazona era, en efecto, el personaje legendario que mejor se acoplaba a la representación ideal de Cloelia. Los múltiples episodios de valor bélico protagonizados por ellas y su característica dominante de misógamas y opuestas al varón, en general, ante el que ostentaban su prepotencia, les concedía una identificación con los intuitivos rasgos de *virago* implícitos en la gesta de Cloelia. Prescindiendo aquí de su adoración a la diosa Artemisa, eternamente virgen, y cuya cualidad específica promocionaba a numerosos grupos en su servicio en una Roma primitiva donde Diana-Artemisa, como oposición a Venus-Afrodita, figuraba entre los *dii consentes* y tenía un santuario en el Aventino erigido por Servio Tulio. Opinamos que, en razón de todo esto, y bajo indicación de Filippo II Colonna, Iacopo Antonio Lavaggi fue quien restauró y completó el torso en 1699, añadiendo al pie el nombre propio de la heroína romana. No creemos que la incisión del nombre sea posterior.

El fundador de la Galería fue el cardenal Girolamo I, hijo de Filippo Contestabile Colonna y Lucrezia Tomacelli; las obras iniciales comenzaron en 1654. La mayoría de las esculturas clásicas que posee la Galería proceden de las excavaciones realizadas en la antigua *Bovillae*, muy cerca de Marino, que era entonces terreno propiedad de la familia Colonna. Fue en el período comprendido entre 1699 a 1702 cuando hizo su aparición en los fondos de la Galería la imagen de la presunta Cloelia, según el margen cronológico que dan los diversos catálogos²⁹. Es interesante com-

27 Agradecemos a la doctora doña Pilar León Alonso, del Departamento de Arqueología Clásica de la Universidad Complutense de Madrid, las interesantes sugerencias artísticas que nos ha dado a la vista de la reproducción fotográfica de la escultura.

28 M. Weber, 'Die Amazonen von Ephesos', en *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, Band 91 (1976) 28-96. La auténtica y válida reproducción del torso de la Galería Colonna sería conforme al modelo de amazona que la autora cataloga con el núm. 5.

29 Para estos puntos, vide *Galleria Colonna. Catalogo delle Pitture e Culture* (Roma 1900); G. Corti, *Galleria Colonna* (Roma 1937). En los inventarios la pieza aparece, siempre con una explicación muy sucinta, como «Amazzone. Copia dell'Amazzone di Fidia. Iscrizione moderna».

probar que, sin duda, Filippo II Colonna estaba formado en el clasicismo y conocía los textos que hablaban de la hazaña de Cloelia.

En razón posiblemente de un gusto o inclinación personal³⁰ reconstruyó el torso del modo cuya aptitud le pareció la más adecuada para impresionar a Porsena, una vez superadas todas las pruebas que le garantizaban un futuro de libertad. En efecto, con su brazo derecho levantado y su dedo índice en gesto de apostrofar sin violencia, con la serenidad impresa en un rostro cuyos cabellos responden a la moda del XVIII, Cloelia es la plástica que hermana, a pesar de los miembros añadidos que desdicen del original, la belleza juvenil de un torso semidesnudo que parece ignorar voluntariamente la atracción hacia el varón, con la firme decisión de una lealtad, siempre didáctica, a lo que Roma representaba. La mentalidad del XVIII quiso inmortalizar el velado misterio de la adolescente Cloelia mucho más en la grandiosidad de su amor a la patria que en la sugestión de su deseable virginidad. *Pia Cloelia* por encima de todo, así se completó la iconografía de la escultura.

ELENA CONDE GUERRI

30 No podemos saber más detalles al haber sido dificultoso el acceso a los archivos del Palazzo Colonna en razón de que nuestra estancia en Roma coincidió con el período estivo.